OFRENDA A LA CEBOLLA JAVIER ALVARADO









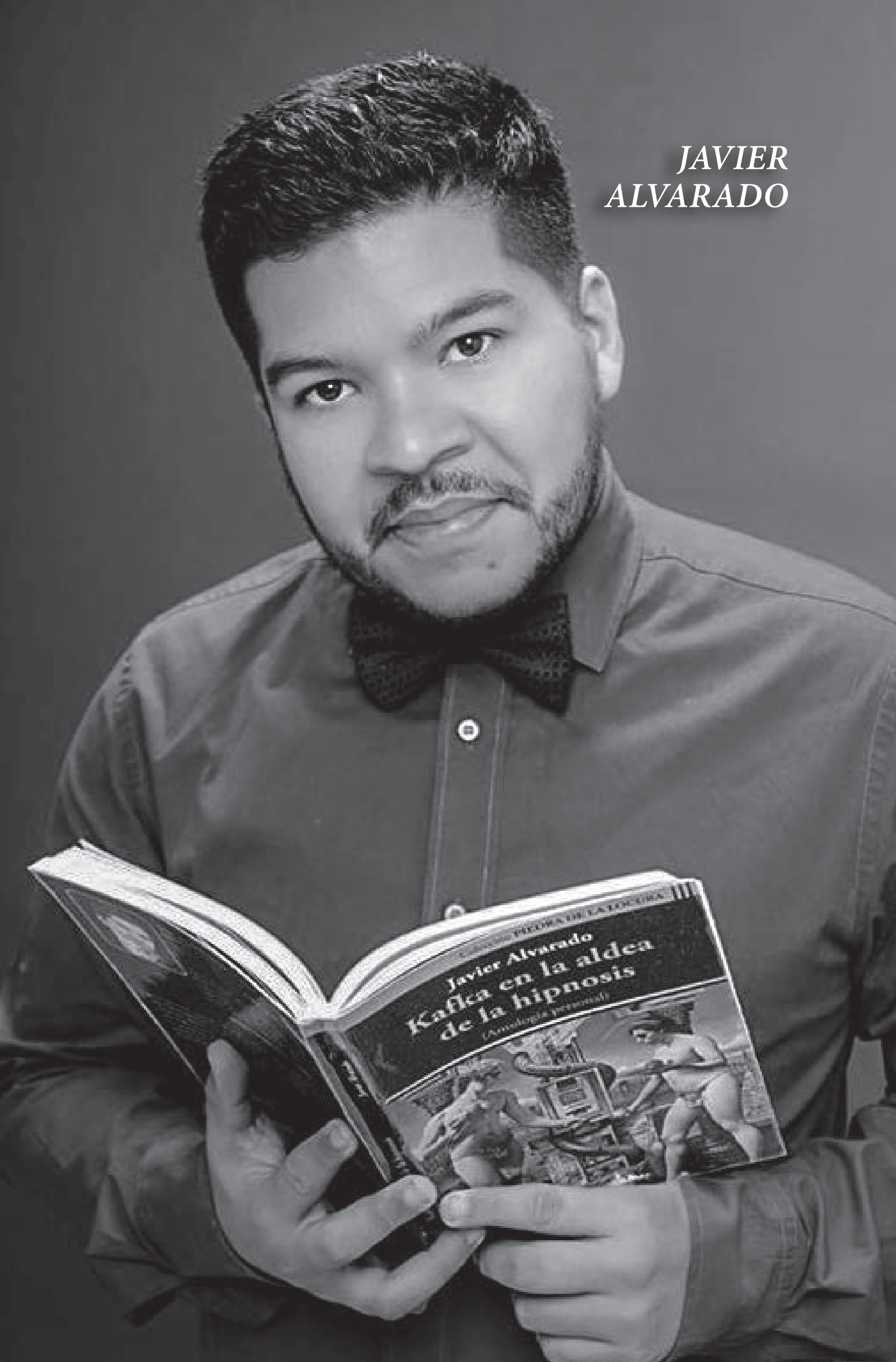
Javier alvarado

Ofrenda a la cebolla



Colección
Lima Lee




JAVIER
ALVARADO
Javier Alvarado
Kafka en la aldea
de la hipnosis

Javier Alvarado

Nace en Santiago de Veraguas, Panamá, 1982.

Hizo sus estudios en el colegio Panama School, años después obtiene el título de licenciado en Lengua y Literatura Españolas por la Universidad de Panamá en el año 2005. Ha sido galardonado con el Premio Nacional de Poesía Joven de Panamá Gustavo Batista Cedeño en los años 2000, 2004, 2007 y 2014. Premio de Poesía Pablo Neruda (2004) y Premio de Poesía Stella Sierra en el 2007. Poeta residente por la Fundación Cove Park, Escocia, Reino Unido (2009). Mención de Honor del Premio Literario Casa de las Américas de Cuba (2010) con su obra *Carta Natal al país de los Locos* (Poeta en Escocia), Primer Premio de los X Juegos Florales Belice y Panamá, León Nicaragua, Premio Centroamericano de Literatura Rogelio Sinán (2011), Premio Internacional de Poesía Rubén Darío de Nicaragua (2011), Premio Internacional de Poesía Nicolás Guillén (2012), En 2014, un jurado conformado por el poeta español Antonio Gamoneda, el poeta peruano Rodolfo Hinostroza y Julio Pazos de Ecuador, le otorgó el Premio Medardo Ángel Silva a obra editada por su libro *Carta Natal al país de los Locos*, en el 2015 obtuvo el premio Ricardo Miró de poesía, máximo galardón de las letras panameñas, en 2017, obtiene el Premio Hispanoamericano de poesía de San Salvador, Premio Juegos Florales de Quetzaltenango (2018), mención de Honor Premio Mundial de poesía mística Fernando Rielo (2019), I Accésit del Premio de Poesía Virgen del Carmen en Alcañiz, España (2020). Además, en el 2020 aparece una traducción de sus poemas y de la poeta colombiana Lucía Estrada, realizada por Russel Karrick, obtiene The Gabo Prize for Literature in Translations & Multilingual Texts juzgado por el aclamado poeta de Estados Unidos, Ilypa Kaminsky, organizado por la revista Lunch Ticket y Antiocn University Los Angeles, Accésit del Premio de Poesía María Fonellosa sobre discapacidad organizado por la Unión Nacional de Escritores de España.

Ofrenda a la cebolla

Municipalidad de Lima

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Christopher Zecevich Arriaga
Subgerente de Educación

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

María Celeste del Rocío Asurza Matos
Jefa del programa Lima Lee

Concepto de portada:
Melissa Pérez

Diseño y diagramación:
Ambar Lizbeth Sánchez García

Editado por la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

www.munlima.gob.pe

Festival Internacional Primavera Poética

Harold Alva Viale
Presidente de la Organización

Comité Consultivo
Carlos Ernesto García (El Salvador)
Roberto Arizmendi (México)
Omar Aramayo (Perú)
Leopoldo Castilla (Argentina)
Omar Lara (Chile)

Director Cultural
Sixto Sarmiento Chipana

Asesor de comunicaciones
Luis Miguel Cangalaya

Jr. Buenaventura Aguirre 395.
Of.: K. Barranco, Lima.

https:/web.facebook.com/fipperu2019/

Lima, 2020

Esta publicación es un esfuerzo entre la Municipalidad de Lima y Primavera Poética para las ediciones de la colección del programa Lima Lee.

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa Lima Lee, apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

La pandemia del denominado COVID-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección Lima Lee, títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa Lima Lee de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima

Not a red rose or a satin heart.

I give you an onion.

…

It promises light
like the careful undressing of love.
Carol Ann Duffy, Valentine

Enterradero de el cripirián

En este enterradero todos tenemos epitafio
Una oscura canción que nos persigue desde el pasado hasta el presente
Como una guirnalda de pobres vegetales,
Estos muertos que me habitan a veces, que tanto cargo
Que corrijo en sus posturas, en sus gestos, en sus hábitos,
Que corren detrás de mí como el niño tras el llanto amargo del agua
Se van navegando junto a mi sangre
Como se va escapando el invierno en su fragata.

¿A dónde se fue quedando el ropaje de nuestros primeros abuelos
Y el disfraz de loca y pordiosera de mi abuela
Con su legajo estival después de pasar por los chamuscados
Telares del viento, si eso dicen que la locura entra por el aire
A su viento, donde todos hemos de ir con el primer himno o la campanada
Terrena de esta suerte, de ser huérfano en la luz,
¿En la territorialidad y en el polvo?

¿A dónde está ella y el cruel abuelo
Que fue dispersando sus hijos por la tierra
(Vitervo, Bredio, Janeth)
Como las cuentas prófugas de un collar

Que halamos con la rabia del tiempo, con esa sacudida
De los animales que vuelven del espasmo
Cuando la noche se posa sobre nosotros
Como un gigantesco amaranto o como un pulpo
¿Que se ha sacado partituras con el orgasmo pétreo de su tinta?

Oh, mis primeros muertos que el chubasco del invierno
Me trae en desordenadas imágenes
Donde se contemplan el bestiario de las musas
Si no he podido contemplar la levadura de sus huesos
¿Dónde está su tumba, abuela inmemorial de maíz y greda
Marcaria Espinoza la que se fue sin ataúd
Solo con la mortaja de llanto de sus hijos ausentes
¿En su humildad y en su locura?

Nosotros abandonaremos estos cuerpos, habitaremos estas burbujas
Que el invierno escupe.
Habrá tumbas desde el cielo a la fragata,
Nos hospedaremos en tu casa y seremos todos tan reales y desconocidos.
Este es tu enterradero de El Ciprián, donde todos tendremos epitafio.

Marcaria Espinoza

Y en su vientre nos reunimos en un llanto compacto
Eugenio Montejo

A Mamá

Todos colocados en la misma escena.
En las esquinas los nietos
Y a los lados los hijos de ella (amortajada como una novia).
Yo estoy en el fondo de su pecho
Naciendo de su cuello como un tumor
O como una prismática vena.
Los poetas nacemos de los torrentes más extraños.
Dicen que el olvido presionará el disparador.
De esta nueva Lumix saldremos todos: la familia que nunca fuimos.
La que se quebró como un espejo y donde se diseminó
Como un rio de larvas, la memoria.
Aquí cada uno muestra su mejor sonrisa
Y otros su disimulada alegría, ocultando la más notable decadencia.
Unos tras de otros iremos faltando.
Aquí posamos con su único retrato, el que desconocemos.

¿Quién trazó los caminos de la loca?
¿Quién determinó los partos en el aire
¿Dónde cuajaron los átomos de su maternal locura?
¿A dónde ese abuelo perverso que le arrancó
¿Los llantos, el hambre y la risa opacada de sus hijos?
Ella revolotea por los cielos de Las Minas
Como una cascocha en reposo,
Como un vapor de cristal en el arco del sonido.
En todas las aguas ella los busca sin hallar
Todas las teorías que fenecen en los ojos.
¿A dónde vivió? ¿A dónde fue? ¿A dónde estuvo?
Caminaba con un palo y terciaba
Las figuras moldeadas por el polvo,
Andaba con un traje limpio y con unas trenzas largas
Tejidas por la nervadura de la noche.
El humo nunca entró en sus ojos
Y se le oía cantar desde los lejos.
Abuela: voy moldeándote en cada paso por estas tierras
Con un cordel de furia
Donde no tengo nariz ni ojos ni manos en la opacidad para palparte
Para ser como el arroz que crece como una mano de pilón que sorbe gritos
Una enjundia de los terneros que tiritan
Acurrucos que danzan en el espacio hasta dominar el frio.

Si te he de imaginar entre las sombras
Portando la mortaja del alba en manicomio
Trazando una fábula por ese Matías Hernández en donde te oigo llorar
Como una niña atiborrada de muñecas
Donde hay asfixia y musgo, o campanas sordas atragantadas por el limo
Por una jofaina seca que se revienta en la pubertad del foso
Son estaciones inversas las que encuentro
En tu fervor de remolino.

Te da mucho miedo el enfermero negro.

No soy un conejo para estar comiendo tantas hojas.
Yo no he de estar aquí, he de estar en una casita de barro
Con la comida caliente y la infancia de mis hijos,
Pobres pero radiantes y mordiendo los tubérculos de la tierra.
Mírenme aquí paciente psiquiátrica
Con expediente desaparecido.

¿Quién puede descifrar o imaginar el dolor
Que se postra en el cerebro de los locos?

Aquí estuvo y se sentaba a llorarlos en los resfriados
Y febricitancias del día.
Nunca imaginó la barba de sus hijos ni las primeras menstruaciones
    de mi madre.
La queremos imaginar cómo era

Alta y bella como la esfinge
O como una diosa del Olimpo o una flor del Espíritu Santo con pollera.
Se fue deslizando en un quejido agrario.
Al Ciprián fue a dar y no sabemos
El secreto de su tumba.

Posemos todos. Ella está aquí.
Tiene el vientre abultado, muy abultado.
Hemos regresado a ella.
Hemos vuelto a su vientre
Con un llanto compacto.

Recuerdo de matachín

Matachín reverbera bajo las aguas
Con su voz ahorcada y su dialecto
Con su rostro de músico y sus dedos embadurnados por azogue;
Es una franja de tierra que no puedo olvidar. No la ignoro
Y la acaricio,
La huelo como el primer milagro
Que brotó tras el diluvio
Con sus hojas graduales.
Cierro mis puños y los abro tratando de bracear
Sobre este lago
La vendimia del dolor;
Las letras paganas que compusieron su bitácora de viaje;
Sus maletas llenas de suicidios, y de muertes.
De auroras y de pueblos perdidos

Matachín regresa a mis salomas
Como una constelación que se recoge,
Como una estrella calcada,
Como un grito hechizado a la intemperie.

Aún albergo las ansias de montarme en tren,
De seguir los caminos y los rieles,
Los campos donde se disemina la faena
Donde está Uh Mei con su loto,
Con su estanque de páginas muertas.

Me apresuro a llegar hasta la iglesia de La Línea
Donde la campana sigue tañendo
A pesar del peso salobre de las aguas, me apresuro
A dar cuerda a un gran reloj que sigue andando
Nadie sabe la razón, la hora ni el por qué;
En sus péndulos veo parpadear un mundo
Con su cola de tucán, con sus páramos ausentes.

En Matachín hay una estación. Móntate.
Algún día llegaremos a la eternidad
En lomo de tren. Aquí yacen los chinos dormidos
Con sus colores y canciones.   El tren inició
Con los colores del suicidio. Ahora todo es el sabor
Del olvido con su locomotora
Y su hierro oxidado

Móntate.
Algún día llegaremos a la eternidad
En lomo de tren

Soga y más soga con marina tsvatieva

Bufón_ Que me ahorque. El que en el mundo
está bien ahorcado, no teme ya
a los colores
Shakesppeare, Noche de Epifanía

Dicen que empiezan a ver colores, que no hay remedio
Para volver a su condición de respirante,
Ese es el augurio y la posesión de ahorcado,
Ahora aquí está ella, con el regazo a oscuras
Y una soga enroscándose a su cuerpo como un arrullo de serpiente,
Ha querido colgarse del Kremlim o de la corona de los zares
Donde el miedo es una hogaza de pan que sigue tiritando en el horno,
Una falsa traqueotomía para la vida, la verdadera conflagración contra ti misma,
Contra tus ojos claros y contra el pelo corto
Desde tu daguerrotipo casi adolescente,
Restañando esa parte del diluvio que se advino contra ti
Como una lanza mortal, contra esa lluvia y sus dardos fetales
Naciendo en el descreimiento de toda ecuación posible.
Nadie bebe de la noche su antagonismo de veneno

Su cráter lunar donde seguro han de estar las poses capitales
Para determinar el horario de las muertes,
Las balas que han de traspasar la boca de tu esposo
Y el recuerdo de tus amantes etéreas que se adormilaron
Con la primera canción de cuna y el hijo acribillado
Por los minerales de la heredad sangrienta, todo eso
Para tomar el cordel y dar la forma del anillo nupcial
Para el pescuezo,
Luego dejarse ir y patalear nuevamente
Como un Dios
En la placenta del aire.

Vuelta a la tstatieva

Me cuenta un biógrafo que a través de un resabio de cristal
Pudo visitar Rusia y tertuliar un rato
Con Marina Tstatieva. Ella lo recibió con su rostro de hambre
Y el vestido raído y con el vaso de agua desbordado por la vendimia de los años
Y le brindó rodajas de salmón desesperadamente
Después de haber tomado
El vaho del día y las temibles noticias, de deudas
Muertes y encarcelamientos de vecinos y seres queridos.
El salmón —eso me cuenta— fue un regalo de Pasternak
Desde muy lejos, desde su cabaña donde podía ver el sol
Y el hielo que copulaba entre el aire y las cordilleras
De un marasmo, casi mortal, y donde los días solían ser espléndidos
Antes de la guerra y de las persecuciones
Y donde ella afirmaba que si hubiese conocido a Blok ella lo hubiese salvado
De la muerte, de ese miserable designio que arranca
De la fertilidad o la esterilidad a los poetas
Y que afiebrada prosiguió a leerle algunos versos
Oh MUSA DEL LLANTO, las más bellas de las musas
Y de ahí en adelante todo fue blanco y todo fue borrasca,
Un aguijón de estrellas para beber el café mugriento
Los panes quemados, las raciones lamentables para la apetencia

Y siguió leyendo hasta tomar un poco la costura
Dejada al descuido sobre el tiempo
Y afuera los caballos galopaban tratando de rumiar la libertad del horizonte
Las esquirlas intocables de las praderas afiebradas
El bastón de ébano que tendían los magos a la tertulia insaciable
Como un acertijo de bastos para la ausencia de los tropos
Que nos hacían caer verticalmente por un río
De espesa niebla, eso lo pintaron después algunos caricaturistas
Con sus tintas esclavas, aumentándole luego un par de historias
De romance o de preguntas que nos tocan el labio o el pececito de la espalda.
Hasta en las cenizas, nos sublevaríamos en rosa o en poema.
Y el biógrafo (que no conozco) y ella
Empezaron a atravesar la vasta noche
Que era como un solsticio
O como un páramo
Donde habitaban las especies desterradas
De ese imperio anterior, a lo que sucumbe
Y no da paso a la vida, tan movida para los que intentan
Cruzar la alambrada de la imposibilidad;
Ella, paloma de tierra, atadas las alas, cacofónicamente
Solía ir hacia las praderas y dejar poemas de protesta
En las ventanas, en los ofertorios del triunfo
En la ceniza,
La agilidad mental de su cuerpo

Que se balanceaba por las calles
Y eso era como ser miembro de la joven guardia
Cuando los himnos de la guerra
Eran audibles en todas las esquinas
Y la nieve era más mortal
Como el invierno en las entrañas
—Carcomiendo—
Todo recuerdo hermoso
Para volver cadáver
A las primaveras recolectadas en el cesto
Donde seguro nacerá un poema,
Una rama vertical de oro sobre el asombro.

De Cartas arrojadas al Neva

Carta 6

Marina:

¿Por qué usaste la misma soga cuando jugábamos de niñas?
Tú saltabas con esa elegancia de los ciervos cuando huyen
Con el fruto en la boca, yo lo hacía como un reno
Tratando de liberar sus cuernos del arbusto encendido.
Jugábamos de niñas y escribíamos los versos
Más hermosos de este bosque,
Los enterrábamos
Y solían tener memoria de arce, solían agitar sus ramas
Como el abedul de la siembra colectiva.
¿Por qué usaste la soga con la cual colgamos la ropa de nuestras muñecas
Y luego libertábamos al sol nuestras endechas
Esas ganas de tomar la vida y bordar una palabra
O engancharla al cabello como si fuese una maroma
O una mariposa a punto de volver a la crisálida
Y hacerse prosista de versos o hacedora de ríos
Para hondear la tierra? Escribimos algunas veces los mismos versos
Tuvimos las mismas vidas y los mismos juguetes
Un hambre igual para nuestros platos y cucharas
Trabajos forzados y encarcelaciones para maridos e hijos

Y hermanos que se perdieron como un silbato en la nieve.
Es la hora de aprender estos juegos. Se aprenden nuevos gestos
Y nos reparamos de la resaca del tiempo,
De la resaca de los primeros y novísimos licores
Que se nos revelan en la lengua.
Un vapor agrio que va despertando a las piedras
Y a las rayuelas extintas,
La mano impúber va resolviendo las líneas con la tiza,
Los números ensartados a tu cuello como cuentas,
Como augures de vidrio
O cuerpos que acuden al homicidio de la piel
A la permanencia del saludo a la hora de surgir
Entre los copos de hierro
O cuando vengas a buscarme con una marcha triunfal
Oxidada en los ojos
Extraviada en sus averías
En sus tuercas sangrantes
En sus tornillos fálicos por la carne resituada.

Insiste que hay una fogata en el rastro
Una fata Morgana incrustada en la tierra.
Una misericordia azul en los días
Que se destiñen entre afelpadas colmenas.

¿Por qué usaste la misma soga que usábamos de niñas?
¿Por qué nunca fuiste mi verdadera compañera de juegos?
Ahora eres mi amiguita, mi amiguita imaginaria
Y detrás de ti la soguita sigue blandiendo mis piernas
Sigue blandiendo mi cuello.

La amiguita imaginaria es la muerte.

Anna de plata

Y al morir no iré a mi propia tumba
A.A.

Ver a esta muchacha y a esta vieja llamada Anna.
Verla en toda su desnudez
Con su cuello
Bosquejado por el cisne, verla en una jaula
De papel como si fuese un sueño majestuoso.
Una mujer que derrite nieves en la noche del espasmo.
Un ángel que va de puerta en puerta llevando el pan
En sus dominios. Hay algo de planeta nuevo en sus ojos.
Hoy todos los planetas se llaman Ajmátova 3067,
Todos escriben
Poemas y los arrojan al Neva para que algún día lleguen
Hasta las nuevas aguas, hasta esas aguas primigenias
Que pertenecieron al diluvio, donde flotaron otras arcas
Otras cohortes, otros milagros, algún cetro,
Algún cabello que perdió la concubina
O algún ave que empolla bajo tu mentón
E indica esa nueva nivelación de las aguas

El paso hacia la tierra como una manada
De cabras o de ovejas y los versos
De Raquel y Lía vayan a las orejas de Labán
Y Jacob, el patriarca trabaje tantos años
Por esa aureola que se convertirá en tus labios
Una edad de plata, un verso de réquiem
Esas imágenes que bajaron de tus ojos
Y pasaron a ser las sombras y las luces
Que perpetuaron las cerdas de un obnubilado Modigliani
Y vayan por los campos esas rimas sin rueda
(La rueda de otras suertes) y las mujeres se coloquen
Pañuelos blancos y pañuelos de paz en sus cabezas
Y te atrevas a seguir escribiendo con amenazas de tortura
Y luego aprender toda esa poesía y posteriormente
Devolverla al fuego, como si esa fuese la maldición
De un Sísifo escribiente o una aurora boreal
Que se esconde en la ceniza
En el pecho asaetado del cisne negro,
Con mallas de bailarina y sucesos que vengan de la magia
Hacia el espejo, donde respiren los sobrevivientes
De una causa común y un corazón adverso.
Aquí estamos más que esclavos de esta realidad
De esta realidad de hacer colas para tu hijo y marido
Por todas las madres que confiesan que desnudaron sus senos

Para amamantar entre las rejas al clan taciturno,
Al clan que sucumbe de hambre, al clan que inventa su invierno
Y se lea en copos hasta bajar a la tierra
Y pensar que las ideas siguen pesando como cúpulas
O islas a la deriva, donde se oyen cañones
Y tiros de pistola que acrecientan
La turba en las galerías, en las casas solas
En las estancias solas, en las piezas colectivas
Donde los párpados ya no conocen el sueño
Donde la vela y su cabo siguen alumbrando con una luz que no existe
Con una mutación que altera el estado menstrual de la luna
Y la plata de esa edad se vaya a nuestros ojos, a nuestros huesos
A nuestros miembros y a la grandiosidad de la lengua o el cabello.
Anna, la corista de las variedades, de la respiración en sobresalto
La de los abedules inderribables, la que aún recitamos
En la marcha general de los pueblos. La que se fue con la fatiga
De escribir y escribir ante las catástrofes internas, ante los desvaríos
Mortales. Ahora que aquí estás como un planeta,
Como una estrella. Anna, que, al morir, no irá a su propia tumba
Te enterrarán en el pecho del lechero, en el seno de la joven madre
En el tintero de un poeta, en el gorro de lana que porta el dramaturgo,
En las raíces de los árboles de Rusia, en los arces que seguirán husmeando
En la ventana, por los aires; toda esa libertad que soñaste
Será la mejor tumba, donde si tendrás tu nombre
Y en donde te multiplicarás como la taiga.

Hay una aldea hecha con los poemas de ledo ivo

Lédo Ivo es un hombre viejo que vive en Brasil y sale en las antologías con cara de loco.
Juan Carlos Mestre

Ya los cangrejos caminan sobre Ledo Ivo
Sobre las casas y los sueños
O los promontorios en la tierra de Maceió,
Ya se volvió mar bajo los barcos
Y desató sus palabras como gaviotas en el muelle
Silbando esta vez   ese acorde funéreo   para las carnes de Hermengarda
Para esa ebriedad que traspasa las boquitas de los murciélagos y las colillas de cigarro
En la caverna más oscura donde tintinean las almas como oseznos,
Donde se mancha la oscuridad con esa iridiscencia de tus constelaciones
Increpando la resurrección del gallo,
La leche estelar de las espuelas
Y el plumaje irredento corajeando entre los patios y entre las casas marinas
Donde los niños se sientan en el lomo del caracol
Y las niñas fijan su belleza a las estrías teologales de las conchas.

Esta es tu aldea donde un niño llamado Ledo empezó a escribir sus poemas en la arena
En los pétalos de la caña y en los trapiches donde el pueblo suda
El jugo inmemorial de la caña
El jugo equinoccial de la caña
El jugo demencial de la caña
El jugo sexual de la caña
Junto al aroma infinito del cacao, junto a las flores del cacao, junto a las semillas del cacao,
Donde
Clareas esta vez sobre las piedras, sobre el testamento de una negra bailando samba
Silba que te silba el vals funéreo
Para las carnes de Hermengarda
Y eres tú caminando mulatamente sobre las nucas vacilantes de los cangrejos
Sobre una iracunda hoguera de agua, sobre los pilotes azarados
Por la espuma reinante,
Abriéndose tu palabra como un lecho de hojas,
Como una almohada de árboles sobre esos sueños gualdos
Que van a la memoria del camino y terminan en los pies
De los infantes y se ponen a correr
Y rechinan como abejas o mariposas al cuidado de la nieve profunda,
De la nieve inventada y del sol que ordeña los milagros de las cabras
Donde hay brujas y mujeres explicando la redondez de la tierra
Con rituales dibujados en las esferas monacales del coco
Y muchachas extrayéndose del corazón cardúmenes de peces.

Ya los cangrejos caminan sobre Ledo Ivo en la tierra de Maceió.
Allá en el Brasil hay una aldea
Donde aprendió a escribir poesía
Un niño antologado con cara de loco,
Separando las patrias de las lenguas,
Emigrante e inmigrante de la lengua portuguesa
Haciéndola tierra,
Haciéndola jugo de caña
Haciéndola cacao,
Haciéndola cangrejo sobre las playas de Maceió.

Allá en Brasil hay una aldea hecha de los poemas de Ledo Ivo.

Epopeya de las comarcas

Ya la luz se habrá posado sobre los árboles hundidos como una temible dehesa.
No recuerdes esos pasos que se abrieron y se agigantaron para reconocer a la montaña.
Escaparíamos de los metales y de las piedras preciosas,
Mientras nuestras leyendas duermen sin importar la canción y el precipicio,
Esa agitación que nos devuelve a la tempestad sangrienta,
Un rayo que destierre la enfermedad de otros visitantes,
Un fuego plano que atraviese el cañaveral y las aguas.
Así estarás tú, ahora que hay verano, ahora que hay invierno y no llueve;
Que se ha ido para siempre la congoja que hincha los lirios,
Que nos hemos puesto a llorar y que el río ha decidido salir de nuestros ojos
Y de nuestros ojos sale abundante leche de sapo,
Una leche de sapo
Que enceguece a las estrellas, a la voluntad de las membranas, a los caminos
        donde nos perdemos
Al cuartearse nuestro sollozo sobre el barro implacable. Ya no hay río.
Ya no hay tierra. No hay sentimiento ni melcocha. Acampemos y durmamos
Cerca de mi casa. Mi casa está bajo el agua. Allí crecí.
No tengo a donde ir, a donde morar, a donde emigrar,
Ya no somos aborígenes, ya no somos indígenas,
Ya no somos cholos,
Ya no somos amerindios isleños norteamericanos centroamericanos o sudacas.

No hay visita a nuestros muertos, cuando ha quedado el cementerio bajo el agua,
Las moradas familiares junto al delirio de no tocar las piedras
Dimensionadas por nuestros ancestros. Así hemos venido en marcha todos,
Descalzos con la tierra, el agua a las rodillas
A ver como se inunda el cementerio comarcal y dejar en esa caminata
Algunos versos algunas ofrendas que deleiten y despidan al Tata y a la Mama
A los hermanos
A los pájaros terráqueos, a las iguanas del aire, confundiendo algún reloj
O alguna pavana en marcha.
Bajo mis pies
Están los restos mojados de mis padres. Ya no podré tocar nada que nos retraiga
Como la tierra o el recuerdo del lodo y las hierbas silvestres.
Más pequeños nos hacemos
Cuando el proyecto de la hidroeléctrica inundó nuestras chozas
Y el tributo a los que habitan el otro plano, la pradera de otra realidad.
Ahogados todos.
Ahogada mi historia. Ahogada tu historia. Ahogada nuestra historia.
Ahogado el sol.

(Del Himno de las Desapariciones)

La Agonía Del Gallo

¿Quién puede reír sobre esta roca fúnebre de los sacrificios de gallos?
Virgilio Piñera

Quédate aquí en la tierra
Y observa la danza sanguinolenta del gallo.

Nuestros niños y mujeres
Aprenderán los rituales
De montería.

Bailarán como animales
Bajo los efectos
De la crianza
Y el cultivo.

Nos esperarán
Como el bosque
A la tormenta
De su amante.

Nuestro será el alcor desesperado de los ciervos
Su congoja por la bala enemiga
Pronunciando ese silbato
(Ese
Forzar
Del
Salto
Hacia la muerte).

No hay ser más desvalido
Ante la caza
Que el propio ciervo
(Su salto contiene la ternura total del paroxismo)
Pero el ciervo no le ganará su lugar al gallo
Criado por nosotros,
Que se desmitifica cada día
Supurando cantos
En el coro de sus plumas
En ese silencio oscuro e iluminado
Que trasciende la mocedad de las mañanas.

Mi vida es otro sol
En la superficie continental y también lo es
En el laudatorio de las islas.

En los diversos idiomas
El gallo revela su secreto:
Es un guerrero para anunciar la luz
Esgrimiendo su cresta a la penumbra
Para llevar su continuidad
Sin ser héroe
En la fecundación
De la gallina,
Género madre,
Género lucidez
Del huevo
Áureo, claro, seminal,
Fecundo.
Bárbaro su inútil aletear
Cuando nuestra mano que lo crió
Ejecuta
El rito criminal de su degüello.

Lección sobre victoriano lorenzo

¡Atado! ¿Y para qué? Si es una víctima
Que paso a paso a su calvario va…
Amelia Denis de Icaza, A la muerte de Victoriano Lorenzo

A Carlos Francisco Changmarin y a su Guerrillero Transparente

Una placa puede incitar a la curiosidad del observante
Al cúmulo de preguntas que arrojan los turistas
Aquí fue fusilado el General Victoriano Lorenzo
El 15 de mayo de 1903.
Guerrillero, combatiente, sastre y barbero, hombre de mil satélites,
Portador de un gran pentagrama como un espejo orquestado,
Viviste escuchando el Evangelio en medio de los grillos y las begonias en el
jardín de un
cura,
Volvías a las enseñanzas escolares después de corretear por la campiña con el
asombro de
una liebre,
Desbordando las bateas de tubérculos con una mueca aprendida en la nostalgia,
Hundiendo tu dedo en la corteza de algún marañón
Donde el viento sacude a los espectros de la ciénaga.

Hoy, escuchando el diálogo de los guías, en medio de las arengas de los
mercantiles y de las campanillas del raspadero
Volví a sentir las detonaciones,
Y te he encontrado sentado de espaldas al agua.
Te he visto como un flamboyán caído.
Difícil ese signo
De la cabeza abajo
Y la cabellera buscando enraizarse en el combate.

Nunca vi el recorrido de sus ojos como él lo hizo en los pastizales de Capira.
Digan pues que Victoriano murió con los ojos tapados, digan pues que
Victoriano murió
con los ojos tapados.
Digan pues que en este poema Victoriano tiene los ojos abiertos.
Toma pues una espada y síguelo, aunque él no lo note.
Toda ejecución es inútil frente al mar junto a las Bóvedas,
En la enjundia de la serranía donde todo es principio,
Donde desciende un escuadrón enfilando una palabra por el cañaveral y
portando una rosa entre los dedos,
Una tregua de manos afiebradas que van enhebrando la coyuntura de los ríos.

Es Él que viene como un caimán por la quebrada
Es Él que viene como un moracho allanando las hojas del camino.
Es Él que viene como un caballo de ámbar dispuesto a su locura
A beber el temporal de la sangre como si se inmolaran la aurora y los eclipses,
Donde su nombre queda como un arrebol que va tragándose la yerba,

Una estación filosófica con las manos atadas donde pululan mariposas
Junto a los versos de Changmarin o de Amelia, en una cestilla halada por
golondrinas.

Ahí va con su Lorenza a La Negrita y la tula de agua fulgurante.

Muera pues, General, con la verdad, como murió Jesucristo.
Tú sabes que lo último que pierde el hombre en algunos casos es la confianza,
El tartamudeo de una mano junto a un barco
Buscando los tratados de Paz;
Esos discursos que enseñan como mueren algunos guerrilleros
Y tú pues invocas como una moneda, como un gesto de pan
La figura de Jesucristo.
Y no hubo un José de Arimatea que reclamó tu cuerpo, ni piadosas mujeres
que encontraran el sepulcro con la piedra descorrida.

Solo el mar sabrá a qué montaña, a qué hueco, a qué fosa común, a qué vado marino
se instaló tu osamenta en reconocimiento.
Toma pues una espada o un rifle con bayoneta y síguelo,
Aunque él no lo note, aunque la placa se quede sola, aunque se vayan y vuelvan
los turistas
Y la campana del raspadero se vaya tras nosotros, con ese redoble
— con que mueren o viven — las lecciones de historia por las tardes.

Proclama por los recolectores de sandía

¡Yo soy el indio de América!
Vengo a reclamar mi heredad.
¡Pachacámac!
Aquí estoy, aquí estamos.
¡Aquí estoy!
César Dávila Andrade

Y bien, eso es todo, planche esa camisa. Lave ese pantalón zurcido en la pobreza.
Olvide acomodarse
La patria en el bolsillo. Súbase a este bus. Todo puede caber allí, hasta el alma misma
De los que no tienen ojos, invocan a Dios y se beben el agua
Para comunicarse con los muertos. Les acomodan su río
Para que se desate la luz y la aridez hidráulica. Ya no tienen cementerio
Para invocar a sus ancestros. Tú ya no los puedes visitar
En su orfandad de agua.
Una tumba de indio desconoce de tratados comarcales, de hitos o placas delimitando
las fronteras.
Van arrastrando las piedras y en sus ojos se convoca un arcoíris traslucido en arenal.
No te olvides nunca de invocar sus flores, nuevamente seremos felices
Cuando el huerto retorne con un rostro que no fue el tuyo.

Y descifres en el tronco del árbol el zarpazo del puma y los ecos del pantano.
Aprende que el sonido de las cosas al caer se vuelve a tu existencia
Como una llamada a penetrar a nado el frío de los huesos,
Esa asfixia entre el gas y las piedras pulidas,
Entre los peciolos y las raíces
Y las espinas arbóreas de mundos que nos sucedieron y ese fue el gesto de amor,
la corona de espinas y colibríes colocada en las sienes.
Este es el verso sacramental
Ante tu lápida, el loto que siempre renace ante la ciudad
Y ante la estepa. Yo voy aquí, maquinando la estrategia,
La demencia del águila que me sube hasta el drenar de la yugular
Y la carótida, cariátide extinta de este tiempo que no vuelve.

Invoca esta lluvia donde estamos, esta voz
Que viene de la tregua y la vigilia de la fruta en el campo,
Ahora que se han muerto los trabajadores más paupérrimos
En la zafra de la sandía, los frutos engordan y destilan
La sangre de un pueblo que no conoce el pan
ni tampoco la semilla para el hermano. Guárdame tierra con este dolor
De indios, con esa temperatura de indios, con esta ignorancia de indios,
Con esta desigualdad latina de los indios. India mi pena, india mi carne,
Indio mi dolor y mi llanto venidero en este bus de indios. Hijos de la sandía
Que se fueron para clamar por una familia, por un gesto, una palabra
Que se hizo un diminuto río, un dolor más mestizo para la parcela.

No tenemos la muerte, no conocemos la beatitud de la ceniza,
Allí hay una ancha linde, un deseo que se prepara para entrar a escena
Con la grupa de un soldado. Hay caballos estériles en una jarcia amarilla,
Poco a poco entro en los reinos y en las casas de las criaturas
Que espejean como sandías en reconocimiento de su desgracia. La tierra
Es una sandía, los muertos son sandías reventadas, no alcanzaré entonces a morder
La sandía ausente.

Los panameñitos en pedacititos

Yo, mamá, mis dos hermanos
y muchos…
…
tan solo deseamos
desaparecer
en pedacitititos
Carlos Germán Belli, Segregación No.1

Mientras un poeta indígena
Toma con su natural talento
El canto genésico del pájaro, lo ensaliva
Y lo anota hasta suceder en el coloquio
De la rama; mientras va desarrollando
Toda una arquitectura pluvial con el lenguaje,
Mientras los animales trascienden en denotadas metáforas
La voz que va impeliendo el arado sucedáneo
La aldea es asaltada por manos terrícolas ¿extranjeras? ¿Originarias?
Y ese hermano indígena solo puede denunciar
Aquella masacre del rio y de los platanares
Con sus onomatopeyas escritas,

Con su música salvada;
Nos vienen a hablar de sus tribus y sus plumas,
De sus cantos ubérrimos como la flor del café
Como el maíz que se acrecienta
En la heredad terrena de la fiesta.

Sucede que mientras alguien en otro lugar
Enciende una bombilla
En Bonyic y en otras partes de las comarcas
La turbina de la corriente eléctrica
Se hace rodar por el agua y la sangre
De los mitos,
Por las rayas sonambúlicas
De los tigres, por el insomnio
De la lluvia en los letreros
De las nuevas fábricas, de las nuevas formas
De explotar
Asalariando al pobre
Comprando el latifundio, desnudando el grito
Las flores cercenadas.

Yo pongo mi pecho esta vez
Con la hemoglobina de la armónica,
Con el verso blanco de los días alucinados con el pan,

Con la mesa despojada del condumio, las horas que se nos parten
Con los zapatos de los policías,
El tropel autoritario armado, los mercenarios, los dueños de empresa
Mientras van ovulando las doncellas
Con atributos de vértigo y escarcha, mientras se recolecta el idioma
Y la poesía de las siembras, se llenan los motetes
Con las plegarias y el canto de los jefes de familia,
Una tertulia de gallos, un orgasmo de cohesión
Y esa tonada vertebrada de toda la conquista,
Del llanto y la cruz, de la confusión en los ojos
Llegando con nuestros espíritus a cuestas (la cholitud)
Los cholos los cholitos las cholitas
Todos nosotros dispuestos a no ceder
La cultura y la parcela;
Negándonos a represar el rio, nos van abriendo una guarida
Con la retroexcavadora
Para nacer, para criarnos todos,
Para hacer de esa minita una casita,
Y entramos mil,
Diez mil
Cien mil
Cholitos y cholitas (metamorfoseados en pepitas)

(Para enterrarnos en una veta)

(Adentro todos
Los panameñitos)

(Adentro todos)

(En
Pe
da
ci
ti
tos.)

MINERÍA PARA UN HUECO, UN HUEQUITO, UN HUECOTE

> la oferta y la demanda y las cenizas solas.
> Abuelo Flores Azules de la Papa.
> Abuelo Adobe,
> Abuelo Barriga del Venado.
> Moja este blanco sol, Abuelo Lluvia
> *Mientras la tierra engorda.*
> Antonio Cisneros

Esta vez son las entradas de las maquinarias en las chozas
La entrada del fuego, la entrada del agua, la entrada del aire.
Esos cuentos de conejo que pululan con premura, ese incendio del pergamino
para liquidar a la memoria
Esa llamada del Abuelo pájaro, del sobrino cascocha, del poeta totorrón, de la
hija comadreja
Indicando el sitio del desmadre, el sitio donde inmolarán el río, donde un
taxidermista copia nombres y se va con el olvido en los bolsillos
Embalsamando el corazón de toda voluntad posible
Portando en una gran vaharada las plumas de la guerra
Teñidas con las savias macheteadas en el campo

— ese pueblo que marca —
Con epitafios de cortezo su camino.
Ese escozor de miseria y de maíz podrido en la tormenta
Las entradas de las maquinarias en las chozas
La entrada del fuego, la entrada del agua, la entrada del aire,
Esa danza del perico para encontrarnos a solas, para no herirnos en los ojos
Con los atardeceres cargados en motete
Cuando hablábamos de todo y creían que el poeta era ciego
Y la realidad nos hacía sordos para grabar los llantos,
Para tapiar las desesperaciones,
Lo que me arranca la risa como la juventud a los espejos,
Como el fulgor que nos hace solos en las lágrimas.

Anestesia para la indígena
Con su camisón de ñumi y su sombrero de paja,
Para sus manos dulces como cañas.

Anestesia a los augures que deshojan la flor del plátano en los vientos.

Anestesia para irse hacia la tierra fotografiado en calzoncillos
Anestesia para las bocas, para la explosión en las mandíbulas
Anestesia para la indígena con boca amarga   con dientes enlunados

Por los lavadores áuricos que se apresuran a poner cortinas a su cara
Por sus facciones de vieja,

Por el animal de sus ojos,
Por las grietas de su carne, por esa pobre mujer
A quien escribo de rodillas, por esa mujer que es la tierra
De hoy evaporada.

Anestesia general entonces para las heridas en los brazos y en el vientre,
Anestesia general para los que caen en los sembrados de su tierra,
Anestesia por los que creen que estoy ciego con un palo desentrañando estas
imágenes,
Por la metralla incontrolable que traspasa las mitologías del agua y las
chozas de los gnazos.

Por la minería de las almas
Perdónalos, Nubu,
Perdónalos, Abuela ngäbe
Abuela inmemorial, sacerdotisa.

A ustedes, excavadores del mundo: una pepita de oro para la balanza
A ustedes que desviarán y destazarán al río: una gotita de agua para habitar en
la bombilla,
A ustedes los que anunciarán los estadios de sitio
Y las violaciones a los trajes,
El armamento de nubes negras que pondrán a los troncos
A empobrecer el sol

Y nos indicarán los futuros hoyos donde estarán el Abuelo pájaro, el
sobrino cascocha,
el poeta totorrón, la hija comadreja
Excaven un hueco,
Un huequito
Un huecote
Mientras la tierra y los hombres se aglutinan.

Kafka y la tecnología táctil

Soy sensible a este abismo, me enternece
de otra manera la lectura de Kafka:
Enrique Lihn

Franz Kafka se instala en una máquina de escribir,
Se aburre de las teclas. Piensa mejor en un Ipad.
Repasa el tiempo hacia delante, ve las publicaciones, retrocede, abre la ventana
de diálogo.
No puede teclear. Intenta seducir un estornino e irradiar el tokonoma,
De este cielo adverso donde revolotean bandadas
De extrañas caligrafías.
Me voy acostumbrando entonces
Al plagio de rostros y de formas en las nubes.
Desvarío en el agua de toda continuidad
Cuando nos asaltan las Américas muertas,
El proceso de estertórear el trasluz, el hueco ambiguo de la página
(El tachón), (el borrón) que se nos viene desde la pubertad
con las prohibiciones estilísticas y alianzas con el padre.
Me despliegan un mapa en la reproducción de las manzanas.
Se constelan esta vez las cuartillas desde un futuro,

Alguna coartada para construir su castillo, viajar a Palestina,
Planear con la mejor agencia de viajes su crucero para gorgojos
O la sentencia de vivir
ante el proceso
inconcluso del juez
y el gotear
esquizoide
de la bruma
en la colonia penitenciaria.

Hoy se cuestiona todo esto en medio de un chat,
Pulgareando una estrategia comunicativa
Para la sobrevivencia.

La muralla china

Construye una muralla
Y deja una puerta entreabierta.
Quizás entre los miles de bárbaros
Quiera entrar una extranjera, una mujer reencarnada
Entre los bambúes
Que resulte ser la luna,
Una mandarina,
Una osa panda,
Una grafía, una abstracción, una pregunta de jade
Para los dioses oscuros
Que habitan las sucesiones del color en la porcelana;
El ying y el yang sobre la concha del caracol
Arrastrándose sobre las gibas montañosas
Y los monzones,
Deletreando un rastro de plata,
Un colmenar con su saliva
Sin delimitar muros y fronteras.

Ya muerto,
No puedo entreabrir puertas
Ni ofrecer defensas.

Pensé llegar a la gran muralla; extraviarme entre cada roca
Y entre cada muro, protegiéndome
De las tribus invasoras.
Pensé en servir al Emperador, en escribir las sagas del imperio,
Pero morí atravesado por una lanza enemiga, no hubo piedra
Para proteger mi cuerpo,
Allí recibiendo pisadas en el polvo,
Como una ofrenda de arroz o una lámpara flotante en la agudeza del río;
Allí donde el fuego revele
Su milagrosa agonía,
Donde una y otra vez
Me despierte esa foránea
Haciéndome muralla en la tierra,
Crisis migratoria en el orbe,
Un gusano de seda armando una invasión
En la astronomía de las hojas. Yo guerrero ocupante
Abrazado con la forastera invasora
Posando
Sin ser percibidos
Ante el flash de los excursionistas.

Renovación de cédula

ante las situaciones kafkianas…

Cada uno se va como puede
unos con el pecho entreabierto,
otros con una sola mano,
unos con la cédula de identidad en el bolsillo.
Roberto Juarroz

Hoy he tenido miedo de mi identidad.
Ha expirado mi cédula.
No estoy aquí subiendo este piso,
No estoy allá consumiendo esta escalera;
Cada ser con su paso, cada ser con su pose,
Cada uno con sus kilos, en su peso
Donde no haya fuego ante la propia voz,
La propia voz, una revolución, un manuscrito.

Hacer filas inmensas
Para renovar tu vejez en la foto.
Llenar mis datos, volver al nacimiento

Y al dolor parturiento de mi madre.
Gatear y caminar sobre papeles
Burócratas.
Una fecha exacta para la entrega, para volver a plasmar
Las huellas, comprobar solicitud
Y dar fe de vida o dar fe de muerte
Como si alguien se despidiera en medio de la luz, al otro lado.

Unos se van con su espejo,
Otros se van con su perro,
Otros se van sin su pensión con un sello en la frente,
Otros con su nacionalidad y cédula de extranjería,
Aquellos con una carta rasgada antes de tiempo.
Otros se van sin escribir su mejor obra,
Otros se apresuran a tomar talleres literarios y a dejar anaqueles
llenos de letra innecesaria,
Insisten en dejar un libro detrás del árbol o detrás del hijo.
Mejor no se apresuren a nada.
En ese lapso de tiempo, ningún banco o trámite aceptan
De que estás ahí, en ese lapso de la otorgación no existes, mientras
Alguien vive, alguien escribe, alguien rompe papeles, alguien
renueva su cédula,
Alguien se equivoca escogiendo a un diputado, a un alcalde, a
un presidente,
Alguien asegura que todo ha caducado.

Julie Wohryzek

Vida y lino lo mismo ata la hebra.
…
Una mujer en el silencio cose, cose, cose…
Luis Vidales

Prohibido amar a una costurera. El apellido no se puede colocar sobre una tela y evitar que se traspongan alfileres. Ese es el destino doloroso de la costura ante la belleza: tantas perforaciones para dar paso a la rigidez, a las coronaciones del color. Hoy sobrevivo en mi escritura como si fuese un pájaro vegetado en el invierno, un puente desbarrancado hacia el Mar Negro o hacia el Báltico donde reposan las almas de los ahogados. No hay vacío para la guerra, no hay torpedos ni balas que atraviesen la rosa enemiga. Soy un niño con manos de jardinero, las tijeras de su taller han dejado sobre el suelo mis cabellos y estrategias de navegar junto a usted en una barca en medio de una proa de inocentes. Recorte estas nociones de escribir y cósalas a una capa para recorrer todas las calles de Europa, todas las veredas de América, los mercados de Asia, los puertos de Australia y en el África quedarme en una aldea con

su humilde paja y su eterno fogón incrustado en el suelo. Así la veo en su cuarto de costura, de nube en nube, de páramo en páramo, decapitando en su cortar mis ansiedades en la tela. Un hombre en la algarabía escribe, escribe, escribe; una mujer en el silencio cose, cose, cose. En un hospital de tuberculosos, una costurera y un escritor, tosen, tosen, tosen. Ambos han sido desahuciados en el examen de esputo. Nos apresuramos a amar, nos apresuramos a coser y a escribir. Una tijera y una tela y muchas cuartillas no tienen la aprobación de un padre. Una mujer baja según su oficio. En mi máquina de escribir ya todos duermen, en mi lecho ya todo se congela.

Dora Diamant

«Solo quien conoce a Dora sabe lo que es el amor»
Robert Klosptock

Todo había sido postergado —desde esa huida y ese largo peregrinar —
Hasta la prisión junto a su hija en la isla de Man, por ser una «extranjera enemiga»
Y por hacer extrañas coaliciones con el fuego. También se alió con el mar,
Alguna vez en un balneario conoció a un escritor.
Franz Kafka la había visto a través de otros ojos
Su miedo a sujetarse una y otra vez el bañador —la playa— estaba llena
De lugareños y turistas y había quedado en esa búsqueda
De la frase legendaria o los últimos párrafos
Para acabar la obra,
Siempre lúgubre
Siempre insatisfecho,
Ante su máquina de escribir y ante los amores inconclusos
Que alguna vez poblaron las islas de Dios
En la deriva de las páginas.
Ciertamente la encontró en la «innoble tarea» al descamar pescados,
«Unas manos tan tiernas para tan cruel oficio»

Y ambos rieron y partieron a caminar al atardecer.
Esta Dora Diamant contaba que había otro padre
Dentro del padre de Kafka
Que se asilaba tras su mesa de negociante
A escuchar de mala gana, la prosa de aquel hijo
Y aun así su crítica
Le hacía respirar ampliamente en los piélagos de la mañana helada
Y aunque no hablara nada con su madre
Aún seguía esperando a los señores de negro
Alquilados para siempre en la rutina
De la cocina o el living
O en el aletear de los murciélagos en el desván.
Ya no queda un trabajo ni un jefe
Solo cuidar de la tos y las crisis, aquel el último amor de Kafka
La actriz desde los escenarios de Moscú, en las salas de Alemania;
Ahora en este invierno, desde el aguaviento de cualquier lugar
Hasta esta tumba
En la United Sinagogue Cemetery de Marlowe Road, en East Ham,
Cuando nos apoderamos de la calina
«Solo quien conoce a Dora sabe lo que es el amor»
Lo escribió Robert Klopstock
Cuando nos asaltan las fiebres de Inglaterra
Fumando cigarrillos de contrabando;
Cuando nada queda eximido para apoderarse de los días

En que un cirio se apodera de las catedrales
Y todo se inflama como en la memoria de los cuervos,
Esos chirridos que corresponden al vecindario y la belleza
De retener la palabra lejanía en un mantel
Puesto para el ofertorio de la tarde, así acabando
Con el silencio del silbato y la marmaja
Ahora que estoy aquí correspondiendo con una rosa
Al cuerpo, este último testimonio que se puede amar
Ante la negativa de los padres
Volviendo una y otra vez hasta el cementerio de Praga
Donde descansan los judíos muertos en la guerra,
De algún cansancio espectral, de una batida en el holocausto
O de pulmones agotados por la tisis,
Esa expectoración cacofónica
Que persigue a Dora Diamant,
Gozando de cada día junto a él más que su obra
Y terminar en aquel acertijo de Kafka,
Cuando lo vio toser
Por última vez.

Urracá transitando las islas

Ya el otoño recorre las islas no cuidadas, guarnecidas.
Lezama, Muerte de Narciso

Y éstas son aún mis reuniones contigo,
el deshielo que en la noche
deshace tu máscara y la pierde.
José Carlos Becerra, El otoño recorre las islas

Urracá se esparce a solas por la tierra, toma los caminos del agua,
Viene desde una piragua hasta sus cumbres,
Vuelve al mar
Donde lo esperan unos ojos, un cuerpo transparente
Que desbordan las llanuras como las estatuas en los líquenes del sueño.

Los ríos de Veraguas conocen su idioma, conocen el peso
De su canoa como las corrientes del mediodía
Que invaden nuestros cauces.

Urracá espera la luz en el bramido de las rocas,
En una estela azul aguardando la lealtad del firmamento,

Esas huestes limítrofes, esas huestes aliadas, esas ranas de oro puro
Que croan hasta el cansancio, hasta enarbolar una burbuja
De color
Que traspase las ranuras del aire, las estrías del aire,
Las marchas olfateadas del aire, donde buscamos
La noche equiparada del almendro, esos almendros que crecen
En la costa y dialogan en hermandad con las palmeras. Urracá viene
Como un río, como un destino, viene desde la cordillera
En su piragua, en su cayac o en alguna embarcación
De pesca artesanal, de pesca deportiva, en un paquete para solitarios
O en un paquete racional para turistas,
Pero él va a puro remo hasta las orillas paradisiacas de Coiba.
Coiba es una tormenta en medio del mar, una garra de salitre,
Una garra que succiona a las aves redimiendo la alquimia
De su cielo, una nube donde empollan las águilas
Con toda su majestuosidad y espanto, donde incuban
Los sangretoros y los azulejos y alguna garza que va zurciendo
La espuma con chillidos seculares.

Él se viene a las islas del Pacífico como un papo
Creciendo en el altar del calor más denso.
Su canoa es una medusa gravitando en las manos,
Zigzagueando en nuestras frentes.

Decidme donde está el camino, dónde están las islas Secas.
Dónde está la isla Boca Brava sobre el arrecife, sobre la Bahía de Muertos.
Esos muertos que buscamos y se zambullen en los artilugios del agua,
Los que abren la boca y reciben los ríos, aunque los ríos enumeren
Todos los mapas abiertos de la tregua, aunque todos los soles
Acudan a ese llamamiento de la sangre, a ese venablo donde discurre un relámpago
Una carta abierta, un milagro sobre los pastos verdes de Isla Cébaco,
La isla Gobernadora es un caudal, un ser que libamos desde el sueño
En el Golfo de Montijo, una vastedad que nos seduce
Con voz larga, con una espada corta
La isla Sevilla con su oleaje como un aposento confidencial donde va a redimir la sangre
En Isla Otoque se esconden los duendes dentro de su cajita
Y dentro de esa cajita están los cinco dedos como duendes
En la Isla Palenque los pescadores retoman una danza desde la humedad
Hasta la orientación de las sales de Taboga, donde Sinán conversa con Linda Oldsen sobre el desove de los peces
Y en Saboga hay un cementerio mineral de creencias, de esqueletos
Que aun tantean la masa colosal de los diluvios
Y Taborcillo revive desde la anáfora, su tambor caliente,
Sus escenas del oeste donde Jhon Wayne dispara al convidado;
En Contadora aún resuenan las perlas, aún resuenan las perlas,
Aun ruedan las perlas, aun ruedan las perlas que se quedaron

Y las que se fueron llevando;
La Isla del Rey se enfurece con remos de cálamo y estrella,
La Isla Iguana te saca la lengua y te adhiere a sus arenas como un peto de tortuga,
La Isla de Cañas va a la deriva como los astros que hacen girar
El trapiche de las existencias;
En la Isla de San José alguna sangre va con su hilito originario a confundirse
con el mar.

Tal vez mi sangre quedó allí en ese archipiélago.
Tal vez Urracá encontró a Itabé
Y se quedó entre una isla y otra
Y se hizo archipiélago.
Tal vez se hundan y emerjan otras islas
Y tal vez siga esa terredad transmutada en archipiélago.

Tal vez aquí está mi poesía con saudades de archipiélago.

Recuerdo floral

Mi madre no pudo cortar los olivos en Tarábulus.
Mi madre no pudo cortar más las rosas de Beirut.
Mi padre no pudo escanciar los perfumes en la noche del Líbano.
Ambos se quedaron besando las maderas preciosas cuando partimos con rumbo

inefable.
Nunca invocamos al carnero para el festín.
Mi madre cantaba para arrullarnos
En medio del polvo del desierto.
Su boca fue un oasis para nuestras maravillas.
Padre se iba al pozo a bendecir el agua para destellar la sed.
¿A dónde se fueron esos hábitos y esas costumbres libres sobre la tierra?
¿Dónde las cosechas que sembramos y dónde la verticalidad de la semilla?
Nuestros manos se desparramaban al viento transidas de locuacidad e incienso.
Nuestros ojos trataron de llevarse la greda de nuestros deslaves
Y la palmera donde solíamos jugar fue alcanzada por el rayo.
¿Dónde quedó la flor
Y los dátiles con miel para la espiga del tiempo?
Mis padres no emigraron. Esta nueva generación heredó
La migración de la ceniza. Quedan esos pies para el rastro,
Este velo para el éxodo. Invoco un número triste de tres hermanos

Tratando de llegar al mar después de largas caminatas por la arena. Se volvían
montículos de color rosa.
Rememoramos aquel viaje de la salida de Egipto. En nuestra aldea quedó
nuestra casa
Destruida por el fuego. ¿A dónde se fueron nuestros padres?
¿Qué será de la rosa sucedánea exterminada ante la belicosidad?
Esa columna de humo negro marcó el funeral de nuestra vida en El Líbano.
¿Por qué los camellos no nos devuelven a Tarábulus?
Un gran funeral de muros y paredes.
Un gran funeral de animales domésticos
Y de caminos cubiertos de hollín.
A todos nos aprisionaron en ese cielo que nunca volveríamos a ver.
Las imágenes traspasan una y otra vez nuestros ojos.
Yo, Jorge Juan, siempre adelante.
Melquisedec protegía a mi hermana Leilah del polvo de las despedidas.
La tierra fue lágrima y el mar
¿Dónde está el mar?
El mar se extiende como un lamento sordo.
Después del mar, más allá, está la roca de gritos.

De: el pastor resplandeciente

Entre tanto que estoy en el mundo, luz soy del mundo.
Juan 9 5

XLI

El espejismo siembra la ceguera;
es silencio y fogata consumida,
vierte lava de cielo en cada herida,
es lamento bendito de la fiera.

Y siendo pecador yo te creyera
desde mi flaca fe resplandecida;
tú te acercas con voz robustecida
y sin mirarte, siempre te quisiera.

Porque al ciego, sin luz al nacimiento,
aquel que es mensajero de las obras
le heredan su milagro tan fecundo.

Y siempre eres pastor de mi memento
de barro y de saliva y tus maniobras
que me dice: yo soy la luz del mundo.

Ronda para un niño síndrome de down

A Dagoberto Carrizo Cedeño

Todos los días vuelvo a aquel niño
Detenido en el tiempo. Cuida de las constelaciones
Como si el polvo lunar estallara en nuestras conciencias.
Su fragilidad vuelve a repetirse cuando terciábamos en el horizonte
Una llamada de la lluvia
y era la nostalgia,
el pasaporte más inmediato.
Nunca atrapó un pájaro
Más los pájaros lo convocaron a que ejecutara el acordeón como si fuese un aleteo.
Fue único y plausible como una lágrima, como una vuelta a casa.
Dago vino con sus ojos rasgados a escudriñar el viento.
Veía el sol declinar hasta su frente en los atardeceres de una hamaca.
Lo arrullaron desde niño con todas las canciones del corotú llorón.
Reía solo acunando panes y festines de alegría.
A todos nos llamaba con otros nombres; Angái, Yaya, Bibí, Cacá, Umbú,
Inguín, Inguita.
¿Cómo llamarte con tu propio nombre en tu lenguaje mismo?
¿Cómo descifrar aquellos temblores risorios o esos sueños

De manito ocueño que habitaron tus días?
Pero te has ido. Un niño síndrome de Down ha muerto.
Hay gaviotas en torno al niño que jugaba con la hierba y traducía la página
de escarcha.
La música de las cigarras se ha apagado
En el crepúsculo. Ya los pinos hablan de otros juegos.
Los niños síndrome de Down tienen una ronda
Para descifrar el mundo, la aurora entre los bosques,
Un manojo de olas hasta encontrar la ternura
En la dulcedumbre de una madre, en la entrega filial de una maestra.
Del sur del arcoíris trajo sus gestos para crear un código idiomático:
Los dedos doblando hacia la boca para describir el hambre,
Un solo dedo enroscado para saborear
La montura de un helado,
Un soplo sobre el cuenco de la mano para proclamar la vaharada del café;
En sus labios fluía claramente la clave polimórfica del agua:
—*Ía iaguaa*.
Ahora, hay Dago en este poema, un vaso rebosado para calmar tu sed.

Panamá, ya sea en el pacífico o en el atlántico

Panamá en esta calle y en este tiempo que nos falta,
Antes de mis días y mis noches
(Y del poema) fluctuando entre los lirios como el agua,
Con sus gruesas murallas y sus edificios
Que le dan color de tacto a los espejos,
A las criaturas del mar que se advienen a mi fondo,
A mi lámpara de niño y a mi mano afiebrada de poeta.

Nunca antes por siglos volví a ver el mismo día
En que abrí los ojos tanteando la tierra
Y el polvo del lugar donde ocurrió mi nacimiento,
Donde me convertía en talingo y en estatua
Con peces de aire entrando por el mármol.

Panamá fue una musa entrando
—vena a vena—
Un arcoíris en la boca,
El tamaño de una brújula en el eros y en la gnosis.
Una ciudad en mi piel, como algo corpóreo
Como la música en una temporada de lluvia
O como un tamborito en una oleada de calor.

Siempre llego a ella, aunque por otros caminos vaya
Dejando fuego, dejando amor, coloquios,
Algo de poesía. Mi talón siempre regresa al milagro
De su musgo, a sus piedras temerarias,
A su selva donde nunca he ido, donde nunca vuelvo,
Donde respiro la verdad del mundo
Ensalinada al borde de sus playas.

¿A dónde dejar el muro, el trapecio
Y las marcas de la reniñez como una mariposa en el sombrero,
El desnudo campo
Por donde persigo duendes y espejismos de luciérnaga,
Imágenes de Dios o de un caballo que atesora
¿Las caminatas imaginadas por el tucán en la tormenta?

Panamá
En el Pacifico, en el Atlántico,
¿En dónde está?, ¿en dónde estuvo?,
¿En dónde me encuentra el mar con su Canal
Y su memorial dolido? Panamá la que siempre
Encuentro, aunque por otros caminos vaya
Donde silbo a las criaturas que se advienen a mi fondo,
Con mi lámpara de niño y mi mano afiebrada de poeta.

Nunca antes por siglos volví a ver el mismo día
En que abrí los ojos tanteando la tierra
Y el polvo del lugar donde ocurrió mi nacimiento,
Donde me convertía en talingo y en estatua
Con peces de aire entrando por el mármol.



Colección
Lima Lee

